

LOS JUDÍOS Y EUROPA*

The Jews and Europe

MAX HORKHEIMER

RESUMEN**

El artículo parte de la premisa de que el antisemitismo contemporáneo sólo puede comprenderse desde el análisis del nacionalsocialismo. El nacionalsocialismo surgió con el colapso del liberalismo alemán, y ahora amenaza con arrastrar a los países circundantes hacia la catástrofe. Uno de los elementos más importantes de la situación pre-Nazi era la masa de desempleados, cuya organización dentro del sistema europeo de Estados parecía una tarea insoluble después de la guerra. Las fuerzas fascistas que de hecho resolvieron el problema no eran dueñas de la industria sino una nueva burocracia compuesta por dictadores de la industria y oficiales políticos y militares.

En Europa la constitución liberal del siglo XIX aparece como una especie de interludio. Los poseedores del poder autoritario retornan a los métodos de dominio recomendados por Maquiavelo y sus seguidores. No hay perspectivas de un final próximo para esta situación a través de fuerzas internas, precisamente porque los criterios económicos del liberalismo, que las hicieron aparecer en forma de crisis, han sido masivamente eliminados por el nacionalsocialismo a través de la supresión de la libertad económica.

Dado que todas las funciones del mercado son reemplazadas en el nuevo orden totalitario por funciones gubernamentales, ha quedado gravemente comprometida la posición económica de los judíos, puesto que en Alemania y en otros muchos países descansaba esencialmente sobre su papel en la banca y el comercio. Por este motivo, con propósitos propagandísticos, los actuales poseedores del poder pueden hacer responsable de todas las desgracias a la minoría judía y destruirla. El propósito del antisemitismo es ganar a las masas de otros países para el nacionalsocialismo. La eliminación del antisemitismo coincide con la lucha contra el Estado autoritario.

Palabras clave: nacional-socialismo; transformaciones del capitalismo; autoritarismo; judíos alemanes; Teoría Crítica.

* Max HORKHEIMER: «Die Juden und Europa», en *Gesammelte Schriften*, 4, Frankfurt a.M.: Fischer, 1988, págs. 308-331. Publicación original en *Zeitschrift für Sozialforschung*, vol. VIII, 1939 [reimpreso en Munich, DTV, 1980, págs. 115-137]. Las notas de Horkheimer aparecen al pie numeradas y las llamadas con asterisco son del traductor y se señalan con la fórmula “Nota del T.” En este mismo número de *Constelaciones* aparece una nota de presentación de este importantísimo texto de Horkheimer que, por razones obvias, necesita ser situado históricamente y puesto en relación con la constelación de debates y confrontaciones dentro y fuera del Instituto de Investigación Social en el exilio, así como con la evolución del pensamiento del autor. El objetivo de la nota es contribuir a una mejor comprensión del texto.

** Publicamos el resumen aparecido originalmente en inglés en la *Zeitschrift für Sozialforschung*, Jg. 8, 1939/40, Munich, DTV, 1980, pág. 136. Las palabras clave son responsabilidad de la redacción.

ABSTRACT

The article starts from the premise that contemporary anti-Semitism can only be understood from an analysis of National Socialism. National Socialism originated in the collapse of German liberalism, now threatening to draw the surrounding countries into the catastrophe. One of the most important elements in the pre-Nazi situation was the mass of unemployed, whose organization within the European state system seemed an insoluble task after the War. The fascist forces which did solve the problem were not the owners of industry but a new bureaucracy made up of dictators of industry and military and political officials.

In Europe the liberal constitution of the nineteenth century appears a sort of interlude. The possessors of authoritarian power return to the methods of rule recommended by Machiavelli and his followers. There is no prospect of an early end to this situation solely by inner forces, for the economic criteria of liberalism, which made themselves apparent as crises, have been largely eliminated under National Socialism by the suppression of economic freedom.

Since all the functions of the market are replaced by functions of the government in the new totalitarian order, the economic position of the Jews is shattered because in Germany as in many other countries it rested essentially upon their role in banking and commerce. That is why the present day possessors of power can, for propaganda purposes, hold the Jewish minority responsible for all misfortune and destroy it. The purpose of anti-Semitism is to win the masses of other countries over to National Socialism. The elimination of anti-Semitism is identical with the struggle against the authoritarian state.

Key words: National Socialism; transformations of capitalism; authoritarianism; German Jews; Critical Theory.

Todo aquel que quiera explicar el antisemitismo debe referirse al nacionalsocialismo. Si no se comprende lo que ha sucedido en Alemania, el discurso sobre el antisemitismo en Siam o en África carece de sentido. El nuevo antisemitismo es el emisario del orden totalitario en el que ha desembocado el orden liberal. Es necesario reconsiderar las tendencias del capital. Pero es como si a los intelectuales exiliados no sólo les hubiese sido sustraída su ciudadanía, sino también el juicio. El único modo de comportamiento que les vendría bien, pensar, ha caído en descrédito. La “jerga judeo-hegeliana”, que en otro tiempo penetrara hasta la izquierda alemana desde Londres, y que ya entonces hubo de ser transmitida con el énfasis característico de los funcionarios sindicales, parece ahora completamente extravagante. Con un suspiro de alivio arrojan la incómoda arma y vuelven al “neohumanismo”,

a la personalidad de Goethe, a la verdadera Alemania y a otros bienes culturales. La solidaridad internacional habría fracasado. Como no se ha producido la revolución mundial, ya no tendrían valor las concepciones teóricas en las que ésta aparecía como salvación de la barbarie. Ahora que las cosas se han producido de esa manera; que la armonía y las posibilidades de progresión de la sociedad capitalista revelan no ser sino la ilusión que la crítica de la economía de mercado siempre había denunciado; que a pesar o en virtud de las contradicciones del progreso técnico, tal y como se había pronosticado, la crisis se ha vuelto permanente y los sucesores de los empresarios libres sólo pueden mantener sus posiciones mediante la abolición de la libertad burguesa; ahora los literatos contrarios a la sociedad totalitaria alaban el estado de cosas al que debe su existencia y niegan la teoría que, cuando aún quedaba tiempo, reveló su secreto.

Nadie puede exigir que los inmigrantes pongan un espejo ante el mundo que ha engendrado el fascismo precisamente allí donde dicho mundo les ha ofrecido asilo. Pero quien no quiera hablar de capitalismo debería callar también sobre el fascismo. A los anfitriones ingleses de hoy les va mejor que a Federico [el Grande] con el mordaz Voltaire. Si bien el himno que los intelectuales entonan al liberalismo llega a menudo demasiado tarde, ya que los países se vuelven totalitarios antes de que los libros encuentren editor, los intelectuales no han abandonado la esperanza de que en algún lugar la reforma del capitalismo occidental se producirá de forma más suave que la del capitalismo alemán y que los extranjeros con buenas recomendaciones tendrán pese a todo un futuro. Pero lo único que distingue al orden totalitario de su predecesor es que ha perdido su contención. Al igual que en algunas ocasiones las personas de edad se vuelven tan malvadas como en el fondo siempre lo habían sido, al final de esta época el dominio de clase ha adquirido la forma de la comunidad nacional [*Volksgemeinschaft*]. La teoría ha destruido el mito de la armonía de intereses; ha mostrado el proceso económico liberal como la reproducción de las relaciones de dominación por medio de contratos libres obtenidos por la fuerza a través de la desigualdad de la propiedad. La mediación ha sido abolida. El fascismo es la verdad de la sociedad moderna que la teoría había desvelado desde el principio: Fija las diferencias extremas que la ley del valor finalmente produjo.

No se requiere ninguna revisión de la teoría económica para reconocer el fascismo. El intercambio justo y equitativo se ha reducido a sí mismo al absurdo, y el orden totalitario es ese absurdo. La transición desde el liberalismo se ha producido

de forma más que consecuente y no tan violenta como la del sistema mercantil al siglo XIX. Las mismas tendencias económicas que impulsan el incremento constante de la productividad a través del mecanismo de la competencia se han transformado repentinamente en fuerzas de desorganización social. El orgullo del liberalismo, la industria altamente desarrollada desde el punto de vista técnico, arruina su propio principio ya que para grandes segmentos de población se vuelve imposible la venta de su fuerza de trabajo. La reproducción de lo existente por vía del mercado de trabajo se vuelve ineficiente. Antes la burguesía estaba descentralizada económicamente, era un soberano con muchas cabezas; para todo empresario, la expansión de la fábrica fue condición esencial para incrementar su participación en la plusvalía social. Necesitaba trabajadores para prevalecer en la lucha con la competencia. En la época del monopolio, la inversión en cantidades ilimitadas de nuevo capital ya no promete grandes aumentos de los beneficios. La masa de trabajadores de quienes emana la plusvalía se vuelve más pequeña en comparación con el aparato al que sirve. La producción industrial sólo ha existido recientemente como condición para el beneficio, para la expansión del poder de grupos e individuos sobre el trabajo humano. El hambre no ofrece por sí misma ningún motivo para la producción de bienes de consumo. Producir para cubrir necesidades insolventes, para las masas de desempleados, iría en contra de la ley de la economía y de la religión en virtud de la cual se mantiene el orden: el que no trabaja que no coma.

Incluso la fachada traiciona la obsolescencia de la economía de mercado. Las vallas publicitarias de todos los países son sus monumentos. Su expresión es ridícula. Hablan a los transeúntes como los adultos con pocas luces hablan a los niños o los animales, en una jerga falazmente familiar. Como si fueran niños, se hace creer a las masas que, en calidad de sujetos autónomos, tendrían la libertad de escoger las mercancías por sí mismos. Pero la elección ha sido en gran medida dictada. Desde hace décadas existen esferas completas de consumo en las que tan sólo las etiquetas distinguen unos productos de otros. La panoplia de cualidades con las que uno se deleita existe sólo sobre el papel. Si la publicidad fue siempre característica de los *faux frais* de la economía burguesa de mercado, todavía pudo tener una función positiva como medio para incrementar la demanda. Hoy se le muestra al consumidor una reverencia ideológica que ni siquiera él mismo necesita creerse del todo. Sabe ya suficiente como para interpretar los anuncios de los grandes artículos de masas como eslóganes nacionales que a uno no le está permitido

contradecir. En los países fascistas la disciplina a la que apela la publicidad revela su verdadera esencia. Los hombres descubren en los carteles publicitarios de estos países lo que realmente son: *soldados*. La publicidad tiene razón. El estricto mandato estatal que amenaza desde cada pared durante las elecciones totalitarias corresponde con mayor exactitud a la moderna organización de la economía que los uniformemente coloristas efectos de iluminación de los centros de consumo y las zonas de ocio del mundo.

Los programas económicos de los buenos europeos entre los hombres de Estado son irreales. En la fase final del liberalismo, quieren compensar mediante encargos estatales la incapacidad de la ruinoso economía de mercado para alimentar a los seres humanos y estimular la economía en consonancia con los intereses de los potentados económicos para que garantice a todos un sustento. Olvidan que la aversión a nuevas inversiones no es ningún capricho. Los industriales no tienen ganas de poner en marcha sus empresas a través de unos impuestos que tendrían que pagar a un gobierno demasiado imparcial, todo para sacar del apuro a los granjeros en bancarrota y a otros desempleados. Para la clase no compensa semejante comportamiento. Por mucho que los economistas progubernamentales insistan a los empresarios en que les beneficiará, los más fuertes tienen mejor instinto para sus intereses y metas más elevadas que una mísera coyuntura con huelgas y todo lo demás que forma parte de la lucha de clases proletaria. Los hombres de Estado que aún pretenden gobernar el liberalismo de forma humanitaria pasan por alto su singularidad. Podrán representar la cultura y estar rodeados de expertos, pero su esfuerzo es una absurdidad: quieren subordinar al común aquel estrato social cuyos intereses particulares van esencialmente contra los intereses generales. Un gobierno que, mediante los impuestos de los empresarios, hiciera de los objetos de beneficencia sujetos de contratos de trabajo libres tiene finalmente que fracasar: de lo contrario dejaría de ser el representante de los empresarios para degenerar contra su voluntad en un órgano ejecutivo de los desempleados, o incluso de los estratos dependientes en general. Impuestos casi confiscatorios, tales como el impuesto de sucesiones, que habrían sido forzados no sólo por el despido de los trabajadores en la industria sino por las consecuencias de la insoluble crisis agrícola, casi amenazan ya con convertir a los débiles del capitalismo en “explotadores” de los capitalistas. Los empresarios no toleran a largo plazo en ningún dominio del mundo un vuelco semejante de las relaciones. En los parlamentos y en toda la vida pública, sabotean las políticas de bienestar tardoliberales. Incluso si dichas políticas mejoraran la co-

yuntura seguirían soliviantados: las coyunturas económicas ya no les bastan. Las relaciones de producción se imponen sobre los gobiernos humanitarios. Los pioneros de las asociaciones de empresarios crean un nuevo aparato. Sus fiduciarios toman el orden social en las manos; en lugar de órdenes fragmentarias sobre fábricas particulares, emerge el dominio totalitario de los intereses particulares sobre el conjunto del pueblo. El individuo es sujeto a una nueva disciplina, que afecta a la base del carácter social. La transformación del abatido buscador de empleo del siglo XIX en el miembro solícito de las organizaciones fascistas recuerda en su alcance histórico a la transformación por la Reforma del maestro artesano medieval en burgués protestante o la del pobre aldeano inglés en el moderno trabajador industrial. A la vista de este desplazamiento de los fundamentos, los hombres de Estado que defienden un progreso moderado aparecen como reaccionarios.

El intercambio con el trabajo es sustituido por el dictado sobre él. Si a lo largo de las últimas décadas las masas han pasado de ser partes contractuales a convertirse en mendigos, en meros objetos de asistencia, ahora se vuelven objetos directos de dominación. En el estadio prefascista las masas amenazaban el orden. La transición a una economía en la que se reunieran los elementos separados, que diera a los hombres la propiedad de las máquinas desocupadas y de los cereales improductivos parecía inevitable en Alemania y el peligro mundial del socialismo amenazante. Todo lo que tenía importancia en la República democrática [de Weimar], destacaba por sus enemigos. Se gobernó con ayudas económicas, con antiguos funcionarios imperiales y oficiales reaccionarios. Los sindicatos quisieron pasar de ser órganos de la lucha de clases a convertirse en instituciones estatales que distribuyen asignaciones, que inculcan una actitud dócil en sus destinatarios y, dicho sin rodeos, tomar parte en la dominación. Pero esta ayuda era sospechosa para los poderosos. Una vez el capital alemán retomó la política imperialista, dejó caer a la burocracia obrera, tanto la política como la sindical, que tanto le había ayudado. A pesar de sus honestas intenciones, los burócratas no estuvieron a la altura de las nuevas condiciones. Las masas no debían ser activadas para la mejora de su propia vida, no para comer sino para obedecer: tal es la tarea del aparato fascista. Gobernar adquiere así una nueva significación. En lugar de funcionarios hechos a la rutina se necesitan organizadores imaginativos y capataces; deben ser liberados de la influencia de la ideología de la libertad y la dignidad humana. En el capitalismo avanzado los pueblos se convierten primero en receptores de ayudas económicas, más tarde en meras catervas.

Mucho antes de la revuelta fascista, los desempleados constituyen una tentación irresistible para industriales y terratenientes, que quieren organizarlos para sus fines. Como al comienzo de la época, las masas libres están de nuevo disponibles. Sólo que hoy ya no se las puede meter por la fuerza en las fábricas; el tiempo de la iniciativa privada ha pasado. El agitador fascista agrupa a su gente en la lucha contra los gobiernos democráticos. Si durante la transición se vuelve cada vez menos atractiva la inversión de capital en producción útil, el dinero se pone entonces en la organización de la masa que se quiere arrebatar al gobierno pre-fascista ilustrado. Una vez se consigue esto en casa, se intenta a escala internacional. Los Estados fascistas también actúan en los países extranjeros como organizadores del poder contra los gobiernos remisos. Sus emisarios preparan el terreno para las conquistas fascistas, son los continuadores de los misioneros cristianos que precedieron a los comerciantes. Hoy ya no es el imperialismo inglés el que aspira a la expansión sino el alemán.

Si efectivamente el fascismo surge del principio capitalista, entonces no está sólo adaptado a los países “pobres” y “desposeídos”, en contraposición con los países rebosantes. El hecho de que el nacionalsocialismo fuera originariamente apoyado por las industrias en bancarrota afecta a su puesta marcha específica, no a su idoneidad como principio universal. Ya en la época de la mayor rentabilidad, la industria pesada impuso su porción en el beneficio de clase por medio de su poder económico. La tasa media de beneficio, que también le corresponde, siempre superó la plusvalía producida en su propia área. Krupp y Thyssen se sometieron menos que otros al principio de competencia. Así, la bancarrota que finalmente arroja el balance, no delata nada sobre la armonía entre la industria pesada y las necesidades del orden social existente. El hecho de que la industria química fuera, en el mercado, superior en rentabilidad a la industria pesada, no fue socialmente decisivo. En el capitalismo avanzado la tarea asignada es la de transformar la población en un colectivo listo para el combate con fines civiles y militares de modo que funcione en las manos de la nueva clase dominante. La escasa rentabilidad únicamente llevó a determinadas partes de la industria —antes que a otras— a forzar el desarrollo.

La clase dominante se ha transformado. Sus miembros no coinciden con los poseedores de la propiedad capitalista. La fragmentada mayoría de los accionistas hace tiempo que ha quedado a merced de la gerencia de los directivos. Cuando la empresa pasó de ser una de las muchas entidades económicas en régimen de com-

petencia a adquirir la posición de poder social inexpugnable de las grandes compañías, la dirección empresarial se hizo con el poder absoluto. La envergadura y la diferenciación de las fábricas han creado una nueva burocracia cuya dirección persigue sus propias metas con el capital de los accionistas o, si es necesario, contra él. El mismo grado de composición orgánica del capital que reduce el incentivo económico para posteriores inversiones hace posible para los directivos –a remolque de las maquinaciones políticas– frenar el mecanismo de producción, o incluso detenerlo, sin verse demasiado afectados. Los salarios de los directivos pueden emanciparse en ocasiones de los balances. Los propietarios legales son sustituidos por la alta burocracia industrial. Se hace patente que la capacidad real de disposición, la posesión física, y no la propiedad nominal, es lo socialmente decisivo.

La forma jurídica, que determinó efectivamente la felicidad del individuo, ha sido siempre ideológica desde el punto de vista social. Los grupos desposeídos de la burguesía se aferran ahora a la hipóstasis de la propiedad privada y denuncian al fascismo como nuevo bolchevismo, mientras que éste, por el contrario, hipostatiza la socialización de la propiedad en la teoría, al tiempo que en la práctica no está en condiciones de impedir la monopolización del aparato de producción. Si el Estado se lo da a los suyos a título de ganancias privadas o se lo entrega directamente en forma de salario de funcionarios no produce ninguna antítesis sustancial. La ideología fascista encubre la misma relación que la antigua ideología armonizadora: el dominio de una minoría sobre la base de la posesión fáctica de las herramientas materiales de producción. El afán de beneficio culmina hoy en lo que siempre fue: afán de poder social. El verdadero sí-mismo del propietario legal de los medios de producción le planta cara como comandante fascista de los batallones de trabajadores. La dominación social, que ya no puede mantenerse por medios económicos porque la propiedad privada ha quedado anticuada, se prolonga ahora por medios directamente políticos. Frente a esta situación, el liberalismo, incluso en su forma decadente, representa el mayor bien posible para el mayor número de personas posible. Porque el mal que tuvo que soportar la mayoría en las patrias del capitalismo es menor que el que se concentraría hoy en las minorías perseguidas.

El liberalismo no puede ser restaurado. Deja tras de sí un proletariado desmoralizado, traicionado por sus líderes, en el que los desempleados constituyen una suerte de clase amorfa que clama verdaderamente por una organización desde arriba; campesinos cuyos métodos de producción y formas de conciencia han quedado muy por detrás del desarrollo técnico; y, finalmente, los generales de la industria,

el ejército y la administración, que se ponen de acuerdo para tomar las riendas del nuevo orden.

Después del interludio de cien años de liberalismo, las clases altas de los países fascistas han retornado a sus ideas básicas. La existencia del individuo vuelve a ser controlada en el siglo XX en todos sus pormenores. Si la represión totalitaria podrá mantenerse a largo plazo después de la liberación de las fuerzas productivas en la sociedad industrial es algo que no puede deducirse. Lo deducible era el colapso económico, no la revolución. Teoría y praxis no son inmediatamente idénticas. Tras la guerra la pregunta se planteó de modo práctico. Los trabajadores alemanes poseían la cualificación necesaria para un nuevo ordenamiento del mundo. Fueron vencidos. Solo en las luchas actuales se mostrará hasta qué punto el fascismo logra alcanzar sus objetivos. Pero la adaptación de los individuos al fascismo expresa, en todo caso, ciertas capacidades racionales. Después de la traición de su propia burocracia a partir de 1914, después de la conversión de los partidos políticos en maquinarias mundiales de destrucción de la espontaneidad, después del asesinato de revolucionarios, el que los trabajadores se comporten con neutralidad ante el orden totalitario no es signo alguno de atontamiento. El recuerdo de los catorce años anteriores tiene más atractivo para los intelectuales que para el proletariado. Quizá el fascismo no tenga menos que ofrecerles que la República de Weimar que lo incubó.

La sociedad totalitaria tiene oportunidades económicas a largo plazo. No hay colapsos a la vista. Las crisis fueron signos racionales, la crítica alienada de la economía de mercado, que, incluso en su ceguera, estuvo basada en la necesidad. En la economía totalitaria, el hambre tanto en periodo de guerra como de paz no parece tanto una perturbación como un deber patriótico. Para el fascismo como sistema mundial no es previsible un final desde el punto de vista económico. La explotación ya no se reproduce sin planificación, mediante el mercado, sino a través del ejercicio consciente del dominio. Las categorías de la economía política: intercambio de equivalentes, concentración, centralización, tasa decreciente de beneficio, etc. siguen teniendo validez real, sólo que su desenlace, el final de la economía política, ya se ha alcanzado. La concentración en los países fascistas avanza apresuradamente. Sin embargo se ha fundido con la práctica de la violencia planificada, que busca controlar directamente los antagonismos sociales. La economía no tiene ya una dinámica autónoma. Cede su poder a los económicamente poderosos. El fracaso de la economía de libre mercado revela la incapacidad de realizar ulteriores

progresos bajo la forma de la sociedad antagónica. Si los pueblos no entienden que los conocimientos y las máquinas que poseen deben servir a su propia felicidad, y no a la perpetuación del poder y la injusticia, el fascismo puede sobrevivir, incluso a pesar de la guerra. El fascismo no es retrógrado en comparación con la bancarrota del principio del *laissez-faire*, sino respecto a lo que los seres humanos podrían conseguir.

Incluso si hubiese sido posible limitar los armamentos y dividir la tierra, siguiendo el ejemplo de los grandes consorcios (se debería pensar aquí en los esfuerzos por un cártel del carbón anglo-alemán, o incluso por un cartel del carbón europeo¹), el fascismo no habría necesitado temer ningún contratiempo. Existen innumerables tareas por hacer que ofrecen trabajo y pan, sin por ello permitir a los individuos volverse arrogantes. Mandeville, quien sabía lo que realmente importaba, designó ya en los comienzos del capitalismo el objetivo a largo plazo de la creación de empleo fascista: «Hay trabajo para más de trescientos o cuatrocientos años para cien mil pobres más de los que tenemos en esta isla. Para hacer útil cada parte de la isla y que sea habitable en toda su extensión muchos ríos deben hacerse navegables, muchos canales abrirse en cientos de lugares. Algunas tierras habrán de ser drenadas y protegidas de futuras inundaciones. Habrá que hacer fértil amplios trochos de tierra estéril, hacer accesibles y así más productivos miles de acres. *Dii laboribus omnia vendunt* [los dioses lo venden todo a cambio de trabajo]. No hay dificultad de esta naturaleza que el trabajo y la paciencia no puedan vencer. Es posible volcar las más altas montañas en los valles que estén preparados para recibirlas, y podrán tenderse puentes en lugares en los que ahora no nos atreveríamos siquiera a pensar»². «Es tarea del Estado paliar las miserias sociales y hacer asunto suyo en primer lugar aquello que más descuidan las personas privadas. Los contrarios se curan mejor con los contrarios y, dado que, en caso de fracaso nacional, un ejemplo es más eficaz que una orden, el poder legislativo debería decidirse a abordar una gran empresa, que fuera muy vasta y requiriera trabajo durante mucho tiempo, y convencer así al mundo de que no hicieron nada sin una solícita preocupación por la posteridad más lejana. Esto reparará o al menos ayudará a sosegar el genio volátil y el inconstante espíritu del pueblo, recordándonos que no solo vivimos para nosotros mismos, y en último término servirá para hacer a los hombres menos

¹ Cfr. *Frankfurter Zeitung*, 2 de febrero y 9 de marzo de 1939.

² Bernard MANDEVILLE, *Die Bienenfabel*, ed. De Otto Bobertag, München: G. Müller, 1914, pág. 283 s.

desconfiados, inculcándoles un verdadero patriotismo y una fiel dependencia del suelo patrio, que es lo más necesario para engrandecer a una nación»³.

Desde Maquiavelo, el terror al que recurre la clase dominante ha sido recordado una y otra vez por las autoridades: «El animal salvaje al que llaman pueblo necesita un liderazgo de hierro: estaréis perdidos en el instante en que dejéis que tome conciencia de su fuerza. [...] El individuo gobernado no necesita otras virtudes que la paciencia y la subordinación; el espíritu, el talento y las ciencias están hechos para ser patrimonio del gobierno. Si se derrocan estos principios se producirán las mayores desgracias. La verdadera autoridad del gobierno dejará de existir si todos se sienten llamados a participar de él; el horror de la anarquía procede de tal extravagancia. El único medio para evitar estos peligros es apretar las cadenas lo más posible, promulgar las leyes más estrictas, evitar la ilustración del pueblo, y sobre todo resistir a la fatídica libertad de prensa, que es el origen de todos los conocimientos que emancipan al pueblo, y finalmente aterrorizarlo por medio de severos y diversos castigos. [...] No crean [...] que entiendo por pueblo la clase que se ha denominado tercer estamento; en absoluto. Llamo pueblo a la clase vil y despreciable que ha sido arrojada a nuestra tierra como escoria de la naturaleza y sólo puede subsistir con el sudor de su frente»⁴. Lo que los nacionalsocialistas saben era ya conocido hace cien años: «Los hombres sólo deberían reunirse en la iglesia o bajo las armas; entonces no piensan, sólo escuchan y obedecen»⁵. El lugar de la Iglesia de Pedro lo ocupa hoy el Palacio de Deportes de Berlín.

Los filósofos sombríos, a los que sus seguidores ideológicos consideran inhumanos, no son los únicos que han declarado la dependencia del pueblo como requisito para la estabilidad, ellos tan solo han descrito la situación con más claridad que los idealistas. El último Kant no está mucho más convencido de los derechos de libertad de las clases bajas que Sade o Bonald. Según la razón práctica, el pueblo tiene que obedecer como en la cárcel, con la salvedad de que también debe tener, junto con los esbirros del poder correspondiente, su propia conciencia como carcelero y negrero: «El origen del poder supremo es, a efectos prácticos, inescrutable para el pueblo que está sujeto a él; esto es, el súbdito no debería razonar prácticamente [...] sobre este origen. Porque si el súbdito que hubiera investigado el origen último se enfrentara a la autoridad que ahora manda, sería castigado, destrui-

³ Ibid., pág. 286 s.

⁴ M. de Sade, *Histoire de Justine*, vol. IV, Holanda, 1797, págs. 275-278.

⁵ L. de Bonald, *Pensées sur divers sujets et discours politiques*, en *Œuvres*, vol. VI, Paris: Clerc & cie, 1817, pág. 147.

do o desterrado (como proscrito, *exlex*) de acuerdo con las leyes de ésta última, a saber, con toda justicia»⁶. Kant se declara partidario de la doctrina «de que quien se encuentra en posesión del poder supremo y legislativo sobre un pueblo debe ser obedecido, y además de forma tan incondicional jurídicamente que el mero hecho de indagar acerca del título de su adquisición, es decir, de ponerlo en duda con vistas a oponerse en caso de carecer del mismo, es punible en sí mismo; se trata de un imperativo categórico: obedece a la autoridad que tiene poder sobre ti (en todo lo que no contradice la moral interior)»⁷. Pero el conocedor de Kant sabe que la “moral interior” no puede protestar contra el duro trabajo que haya sido ordenado por la autoridad correspondiente.

La estatalización fascista, a saber, la instalación de un aparato terrorista de partido en paralelo a la administración, es lo contrario de la socialización. Hoy como ayer, el conjunto de la sociedad funciona en favor de los intereses de un determinado grupo. El mando sobre el trabajo ajeno a través de la burocracia es ahora, formalmente, la última instancia; el mando de los propietarios en situación de competencia es tan solo delegado, pero las contradicciones se difuminan: los propietarios se convierten en burócratas y los burócratas en propietarios. El concepto de Estado pierde completamente su contraposición con el concepto de particularidad dominante: es el aparato de la camarilla de dirigentes, una herramienta de poder privado, que va cobrando más autonomía cuanto más se lo idolatra. Tanto en Italia como en Alemania se han reprivatizado las grandes empresas de utilidad pública. En Italia son las empresas eléctricas, el monopolio de la telefonía, los seguros de vida y otras administraciones estatales y municipales; en Alemania sobre todo los bancos han caído en manos privadas⁸. Por descontado, sólo los poderosos se benefician realmente de esto. La afirmación de que se iba a proteger al mediano empresario frente a las grandes corporaciones se revela a largo plazo mero embuste propagandístico. El número de corporaciones que dominan toda la industria es cada vez más pequeño. Bajo la superficie del Estado del *Führer* se libra una furibunda batalla entre los interesados por hacerse con el botín. Si no fuera por el interés que comparten en mantener a la población en jaque, hace tiempo que la élite alemana y otras élites euro-

⁶ Immanuel KANT, *Die Metaphysik der Sitten*, primera parte, «Metaphysische Anfangsgründe der Rechtslehre», segunda parte, primera sección, Ak VI, pág. 318 y ss.

⁷ Immanuel KANT, op. cit., pág. 371.

⁸ Para Italia, cfr. Perroux, «Economie corporative et Systeme capitaliste», en *Revue d'Economie politique*, septiembre/octubre, 1933; para Alemania, cfr. *Frankfurter Zeitung*, 21 de julio de 1936 y 26 de febrero de 1937.

peas hubieran entrado en guerras internas y externas. En el interior de los Estados totalitarios esta tensión es tan grande que Alemania podría disolverse de la noche a la mañana en un caos de luchas de gánsteres. Los gestos trágicos, al igual de la constante afirmación de la propaganda nacionalsocialista de que el régimen durará miles de años, reflejaron desde el comienzo el presentimiento de semejante fragilidad. Sólo porque el miedo justificado a las masas los junta una y otra vez, se dejan los subdirigentes finalmente integrar e incluso masacrar por el más poderoso. Bajo la unidad y la armonía se esconde la anarquía, incluso en mayor medida que en el capitalismo; bajo la apariencia de planificación se esconde el atomizador interés privado. Se produce un equilibrio que, desde el punto de vista de las necesidades humanas, no es menos fortuito que lo fuera antes la escala de precios de los mercados libres. Las fuerzas que distribuyen las energías sociales entre los diferentes sectores productivos son, pese a todos los controles, tan irracionales como los mecanismos de la economía del beneficio que se sustrajeron al dominio humano. La libertad del *Führer* es un engaño, al igual que la del hombre de negocios; como éste dependía del mercado, hoy dependen de ciegas constelaciones de poder. Los preparativos de guerra les vienen dictados por la interacción entre agrupaciones, por el miedo a los pueblos propios y ajenos o por la dependencia de ciertos sectores del mundo de los negocios, del mismo modo que la ampliación de las fábricas les es dictada a los empresarios de la sociedad industrial por los antagonismos sociales, no por la relación de los hombres con la naturaleza, que es el único criterio posible para determinar una sociedad racional. La estabilidad del fascismo se basa en la alianza contra la revolución y en la supresión del correctivo económico. El principio atomista, según el cual el éxito de una persona está ligado a la miseria de otra, se ha exacerbado aún más. En las organizaciones fascistas la igualdad y la fraternidad imperan sólo en la superficie. La lucha por ascender en la jerarquía barbárica hace de los propios camaradas presuntos oponentes. El hecho de que en una economía de guerra haya más puestos de trabajo que trabajadores no cancela el conflicto de todos contra todos. Las diferencias salariales en las diferentes fábricas, entre hombres y mujeres, entre trabajadores y empleados, entre las diferentes categorías del proletariado, son más grandes que nunca. Con la derogación del desempleo no se ha quebrado el aislamiento de los hombres. El miedo al desempleo es suplantado por el miedo al Estado. El miedo atomiza.

El interés común de todos los explotados nunca había sido tan difícil de reconocer, precisamente hoy, cuando es más fuerte que nunca. En la plenitud del libe-

ralismo, a pesar de todas las crisis, el proletariado permaneció vinculado al proceso de producción de mercancías; el desempleo individual era transitorio. El trabajo de los proletarios en la industria constituía la base de la solidaridad tal como todavía la entendía la socialdemocracia. En el tiempo inmediatamente anterior al fascismo, una gran parte de la población perdió el empleo de manera permanente y se quedó sin sustento. Las bandas de la *Technische Nothilfe*^{*} demostraron incluso a los trabajadores alemanes ocupados lo débiles que eran. Además, cuanto más lejos se llevó la destrucción de toda espontaneidad a través de los grandes partidos de masas, amparándose en la impotencia económica, más fácilmente pudieron las víctimas ser apresadas por el nuevo partido. Aquí y allá es el colectivismo la ideología de la masa atomizada, que es objeto de dominación completamente. Al igual que el trabajo bajo el dictado del Estado, la fe en el *Führer* y en la comunidad propagada por el Estado aparece como escapatoria de una existencia desesperada. La fe vive de que haya trabajo de nuevo con regularidad. Cada uno sabe lo que tiene que hacer y cómo será, aproximadamente, el día siguiente. No se es ya mendigo, y si hay guerra, no se muere solo. La *Volksgemeinschaft* prolonga la ideología de 1914. Los resurgimientos nacionales son la sustitución autorizada de la revolución. Se dan cuenta inconscientemente del horror de su existencia, que sin embargo no están en condiciones de cambiar. La salvación debe venir desde arriba. Sin embargo, por insincera que fuera la fe en la nulidad del individuo, en la supervivencia del *Volk* o incluso en la figura del *Führer*, frente al cristianismo vacío expresa al menos una experiencia. Los seguidores han sido abandonados por sus idolatrados líderes, aunque no tanto como lo fueron siempre por el dios verdadero.

El fascismo va más allá de las condiciones previas a su toma del poder no sólo negativa, sino también positivamente. Si las formas de vida de la fase liberal del capitalismo tenían una función inhibitoria, si la cultura idealista se había convertido ya en un sarcasmo, su demolición por el fascismo tenía que liberar también algunas fuerzas. Al individuo se le sustraen sus falsas seguridades; el rescate fascista de la propiedad, la familia, la religión no deja mucho de ellas. Las masas se convierten en instrumentos poderosos, y el poder de la organización totalitaria, ocupada por una voluntad ajena, es superior a la torpeza del *Reichstag*, cuyo soporte era la propia voluntad del pueblo. La centralización de la administración que el nacional-

^{*} Organización fundada por Otto Lummitzsch en 1919 con el objetivo de sabotear y disputar las huelgas sectoriales y generales para proteger y mantener los puntos claves del país, tales como centrales eléctricas, redes ferroviarias, oficinas de correo y compañías de gas, entre otras. El grupo se disolvió en 1945 tras la victoria aliada (Nota del T.)

socialismo ha llevado a cabo en Alemania hace realidad una vieja reivindicación burguesa que, en otros lugares, ya se había cumplido. La inclinación democrática de la nueva Alemania, la abolición formal de los estamentos, es racional desde el punto de vista de la burguesía. Por supuesto, Richelieu se comportó peor con los señores feudales que Hitler con los llamados reaccionarios. Los grandes terratenientes todavía disfrutaban de la protección bien camuflada frente a la política de asentamientos. La contundencia interior está en consonancia con los éxitos de la política exterior fascista. Ellos refrendan las promesas del régimen. La razón principal de la indolencia con que las masas lo toleran es la sobria expectativa de que la intimidación de los frágiles Estados colindantes pudiera aportar también algún beneficio para el hombre corriente. Tras la fase de conquistas, que con toda seguridad apenas ha comenzado, el nacionalsocialismo confía en ofrecer a las masas tanto como sea posible, siempre que esto no conlleve una disminución de la abnegación y de la disciplina. Con el fascismo se incrementa el número de accidentes laborales al tiempo que crece el volumen de ventas de las fábricas de champán, pero la certeza de que seguirá habiendo empleo se presenta como la mejor democracia. En el reinado de Guillermo [de Prusia] el pueblo no era más respetado que con Hitler. Una larga guerra difícilmente lo permitirá.

Lo cierto es que el fascismo reprime más que nunca las fuerzas productivas. La invención de materias alternativas no ofrece ninguna recompensa por la mutilación de las disposiciones humanas, que llega hasta la aniquilación de lo humano. Pero esto tan sólo continúa un proceso que ya había adquirido proporciones catastróficas. En la fase reciente, la fascista, las tendencias opuestas también se hacen más fuertes. La idea de nación y raza da un vuelco. En el fondo, los alemanes ya no creen en ello. El conflicto entre el liberalismo y el Estado totalitario no se ajusta ya a las fronteras nacionales. El fascismo conquista tanto desde fuera como desde dentro. Por primera vez, el mundo entero es arrastrado en el mismo proceso político. India y China no son ya meras zonas periféricas, entidades históricas de segundo orden; están atravesadas por la misma tensión que los países capitalistas avanzados.

La mentira de la justicia en la sociedad moderna, la mentira del dejar vía libre, la mentira de la sanción divina del éxito, todas las mentiras culturales que envenenan la vida, se han vuelto transparentes o han sido abolidas. La burocracia decide sobre la vida y la muerte. Atribuye la responsabilidad del fracaso de la existencia, no a Dios, como hacían los viejos capitalistas, sino a las necesidades del

Estado. Las figuras inhumanas que ahora controlan a los hombres no toman, probablemente, decisiones más injustas que el mercado, que se mueve exclusivamente por el afán de beneficio. El fascismo ha rescatado el control de los medios de producción para ponerlo en manos de la minoría que emergió más resueltamente de la competencia. Él es la forma adecuada a los tiempos. También allí donde el fascismo no está en el poder en Europa operan fuertes tendencias sociales que pretenden ajustar el aparato administrativo, jurídico y político al modelo autoritario. Los capitalistas y sus partidarios han sido empujados a él por motivos de competitividad, el verdadero motivo liberal: «Si el gobierno inglés es obligado a escoger —escribe el Whaley-Eaton Service— entre una fuerte inflación y el control totalitario de las finanzas y la industria, tomará la segunda vía»⁹. Queda por ver si se dará a la larga por satisfecho con medidas poco eficaces y soluciones intermedias.

Lo mismo ocurre con los judíos. Derraman demasiadas lágrimas por el pasado. Que les fuera mejor con el liberalismo no garantiza su justicia. Incluso la revolución francesa, que contribuyó a la victoria de la economía burguesa y concedió la igualdad a los judíos, fue más ambivalente de lo que hoy se permiten soñar. Lo que determina a la burguesía no son las ideas, sino el beneficio: «Sólo se decidió provocar los cambios revolucionarios —dice Mornet— porque se había reflexionado. Semejante reflexión no fue cosa de una minoría espiritual avanzada; fue una élite muy numerosa que, en toda Francia, discutió las causas de la enfermedad y la naturaleza del remedio»¹⁰. Aquí reflexionar significa calcular. En cuanto la revolución excedió las metas económicas deseadas, las cosas se pusieron de nuevo en orden. No se preocupaban tanto por la filosofía como por las torpezas de la administración, por las reformas provinciales y estatales. Los burgueses fueron siempre pragmáticos, siempre tuvieron su propiedad a la vista. En virtud de ella, de la propiedad, se terminaron los privilegios. Incluso el desarrollo más radical, interrumpido por el derrocamiento de los terroristas, no apuntaba únicamente hacia una mayor libertad. Ya entonces hubo que elegir entre diferentes formas de dictadura. Los planes de Robespierre y Saint Just preveían elementos estatistas, un reforzamiento del aparato burocrático similar al de los sistemas autoritarios del presente. El orden que en 1789 se puso en marcha como progresista llevaba consigo desde el principio la tendencia hacia el nacionalsocialismo.

⁹ Whaley-Eaton Foreign Service, carta 1046, 2 de mayo de 1939.

¹⁰ Daniel MORNET, *Les origines intellectuelles de la Revolution Française*, Paris: Armand Colin, 1933, pág. 2.

Pese a las diferencias fundamentales entre el Comité de Salvación Pública* y los líderes del Tercer Reich, a los que se pueden objetar sorprendentes paralelismos, sus prácticas resultan de la misma necesidad política: conservar el control de los medios de producción para los grupos que ya los detentan, de manera que los otros se sometan a su dirección en el trabajo. La libertad política para todos, la igualdad de derechos para los judíos y todas las instituciones humanas fueron aceptadas como medios para sacar provecho de la riqueza abundantemente. Las instituciones democráticas fomentaron la oferta de fuerzas de trabajo a bajo coste, la posibilidad de calcular con seguridad y la expansión del libre comercio. Con el cambio de las relaciones sociales, las instituciones perdieron el carácter utilitario al que debían su existencia. También el empresario judío consideraba toda racionalidad que fuera contraria a las condiciones de aprovechamiento económico específicas de cada momento como atrevida o subversiva. Este modo de racionalidad se vuelve ahora contra él. La realidad en la que los judíos crecieron tenía una moral natural Inmanente, y de acuerdo con esta moral hoy se les juzga fácilmente: la moral del poder económico. La misma racionalidad de la adaptación económica, según la cual los competidores derrotados se hundían en el proletariado y veían sus vidas desperdiciadas, ha emitido también un juicio sobre los judíos. De nuevo una élite numerosa, sólo que esta vez no solamente en Francia sino en toda Europa, discute «las causas de la enfermedad y la naturaleza del remedio». El resultado es malo para los judíos. Se van a pique. Otros son a día de hoy los más capaces: los líderes del nuevo orden económico y estatal. La misma necesidad económica que, irracionalmente, creó el ejército de desempleados, se dirige ahora, bajo la forma de regulaciones bien sopesadas, contra minorías enteras.

La esfera de la circulación, que fue decisiva para el destino de los judíos en un doble sentido, como lugar de su ganancia y como fundamento de la democracia burguesa, pierde su significación económica. El famoso poder del dinero está en vías de extinción. En el liberalismo el dinero vincula el poder del capital con el cumplimiento de funciones socialmente útiles. En el aumento o disminución del capital que cada empresa le proporcionara finalmente al empresario se podía comprobar hasta qué punto había sido útil al orden social existente. El veredicto del mercado sobre la comerciabilidad de las mercancías testificaba su aportación al

* Creado por la Convención Nacional el seis de abril de 1793 y compuesto por nueve miembros (más tarde doce, entre ellos los propios Robespierre, Saint Just y Danton). Pronto desempeñó las funciones propias de un órgano de gobierno (Nota del T.)

desarrollo de la vida pública. Con la progresiva eliminación del mercado se anula la importancia del dinero en tanto que material en el que se efectuaba dicha testificación. No es que las necesidades sean satisfechas mejor o con más justicia de lo que eran a través del balance mecánico de intereses de capitales diversamente equipados. Sólo que ahora el veredicto del mercado sobre quién logra sobrevivir, sobre prosperidad y miseria, sobre hambre y poder, veredicto con el que también tenían que contar las élites económicas dominantes, lo dictan directamente estas mismas élites. El anonimato del mercado se ha transformado en planificación, pero no en la planificación libre de la humanidad unida, sino en la de sus astutos enemigos mortales. Antes la sentencia no sólo era anónima, sino que designaba a los pecadores y a los escogidos del proceso de producción sin prestar atención a su singularidad humana; concedió a las personas el honor de ignorarlas. En este sentido, el veredicto era humano en su inhumanidad. En el Estado del *Führer*, los que deben vivir y morir son designados intencionadamente. Los judíos son derrocados como representantes de la circulación porque la estructura económica moderna, en gran medida, cancela dicha esfera. Son las primeras víctimas del dictado de los poderosos que han tomado el control de la función económica suspendida. La manipulación estatal del dinero, que tiene el robo como consecuencia necesaria, se transforma repentinamente en la brutal manipulación de sus representantes.

Los judíos toman conciencia de su desesperación, al menos aquellos que ya se han visto afectados. A los que en Francia e Inglaterra todavía pueden echar pestes contra los impuestos junto con los arios no les gusta ver a sus fugitivos compañeros de raza cruzar la frontera; los fascistas cuentan de antemano con esa vergüenza. En el país de acogida, los recién llegados tienen una mala pronunciación y modales torpes. Esto se les perdona a los prominentes. Los demás son como judíos del este o, peor aún, políticamente indeseables. Comprometen a quienes ya se han establecido, que se sienten allí en casa y, sin embargo, sacan de quicio a los cristianos del lugar. Como si el concepto de «sentirse en casa» en un estado de cosas tan espantoso no fuera para cada miembro del pueblo judío un signo de la mentira y del desprecio que éste ha experimentado durante milenios, como si los judíos que aún se sienten asentados en algún lugar no supieran en su fuero interno que el impecable orden doméstico del que hoy se benefician puede volverse mañana en su contra. Los recién llegados son en todo caso incómodos. La praxis ideológica que apremia a denigrar espiritualmente a quienes ya padecen la injusticia social para así dar a la diferencia un aire de racionalidad, este ejercicio clásico de las clases dirigentes des-

de Aristóteles, del cual vive también el antisemitismo, no es menos judío que gentil; pertenece a toda sociedad antagónica. Por norma, aquél que sucumbe en esta economía no puede esperar de los que la veneran otra cosa que el reconocimiento del mismo juicio económico –nominal o anónimo– que le ha arruinado. Probablemente los afectados no son tan inocentes. Los judíos de éxito o los arios que viven en el extranjero, que siempre han transigido con el empobrecimiento de otros grupos sociales y nacionales, con la pobreza masiva en sus países de origen y adopción, con la disciplina férrea y con los manicomios, ¿cómo habrían de recobrar el juicio ante la situación de los judíos alemanes?

El plan nacionalsocialista para degradar lo que queda de ellos al lumpenproletariado muestra de nuevo lo bien que sus promotores conocen el terreno. Una vez que los judíos hayan sido desarrapados, ya no se beneficiarán del fugaz sentimiento de solidaridad de clase burguesa: la indignación porque ya ni siquiera los ricos están seguros. Los judíos pobres son menos dignos de lástima. Pobres tiene que haber siempre; el mundo no puede cambiarse. Existe una armonía preestablecida entre las necesidades no saciadas de los impotentes y las insaciables necesidades de los poderosos. Las clases bajas no pueden ser demasiado felices; entonces dejarían de ser objetos. Pero la rabia que genera la miseria, la rabia profunda, ferviente y secreta de aquellos que son dependientes en cuerpo y alma, se acciona, allí donde se da la oportunidad, contra la debilidad y la dependencia mismas. Los trabajadores que en Alemania han pasado por la escuela del pensamiento revolucionario han sido espectadores asqueados de los pogromos: no se sabe con exactitud cómo se comportaría la población de otros países. Allí donde llegan los judíos emigrados, en cuanto el interés disminuye y comienza el día a día, se encuentran –pese a los buenos deseos de los espíritus ilustrados– el frío de la competencia y el odio sordo y gratuito de la multitud, que –por más de una razón– se nutre de su sola presencia.

Apelar hoy a la mentalidad liberal del siglo XIX contra el fascismo significa apelar a la instancia a través de la cual éste ha triunfado. El vencedor puede arrogarse el eslogan «vía libre a los más aptos». Ha superado tan bien a la competencia nacional que puede abolirla. ¿*Laissez-faire, laissez-aller* –podría preguntarse–, por qué no debo hacer lo que quiero? De mí depende el empleo y el sustento de masas que no son más reducidas que las de cualquier campeón de la economía de estilo libre. Y también en la industria química estoy en cabeza. Los proletarios, los pueblos

colonizados y los elementos insatisfechos se lamentan. Pero, por Dios, ¿no lo han hecho siempre?

La esperanza de los judíos, que depende de la segunda Guerra Mundial, es insignificante. Comoquiera que termine, la completa militarización dirige al mundo hacia formas de vida autoritarias-colectivistas. La economía de guerra alemana en la primera Guerra Mundial fue la forma primitiva de los modernos planes plurianuales; el llamamiento a filas obligatorio en las guerras modernas es parte esencial de la técnica totalitaria. La movilización no aporta nada demasiado nuevo a las columnas de trabajadores asignados a la industria armamentística, a la construcción de autopistas siempre nuevas, de ferrocarriles subterráneos y edificios comunitarios, salvo, si acaso, la fosa común. La incesante excavación de la tierra en tiempos de paz era ya una forma de guerra de trincheras. Si hay guerra o no es algo que hoy a veces permanece oculto incluso a los propios combatientes. Los conceptos ya no se distinguen claramente entre sí, como en el siglo XIX. El traslado de la población al refugio subterráneo es el triunfo de Hitler, incluso si al final es derrotado. Quizá con los primeros horrores nadie note a los judíos, pero a largo plazo deberían temblar, como todos los demás, ante lo que se avecina.

En el fondo, gran parte de las masas que son dirigidas contra los Estados totalitarios no temen al fascismo. La conservación no tiene sentido como fin bélico ni como fin pacífico. Quizá después de la larga guerra las antiguas condiciones económicas serán restablecidas en algunos territorios por un breve periodo de tiempo. Después se repetirá el desarrollo económico: el fascismo no se ha originado por casualidad. Desde el fracaso de la economía de mercado se ha dado a los hombres a elegir, de una vez por todas, entre libertad y dictadura fascista. Como representantes de la circulación, los judíos no tienen futuro. No podrán vivir como hombres hasta que los hombres no acaben de una vez con la prehistoria.

En el orden totalitario, el antisemitismo encontrará un final natural cuando no quede ninguna humanidad, aunque quizá sí resten un puñado de judíos. El odio a los judíos pertenece a la fase de ascenso del fascismo. Como mucho, el antisemitismo es en Alemania una válvula de escape para las nuevas generaciones de las SA. Sirve para intimidar a la población. Muestra que el sistema no se arredra ante nada. Políticamente, los pogromos se dirigen más bien a los espectadores, por si alguno quizás llega a conmoverse. Ya no hay nada que saquear. La gran propaganda antisemita se dirige hacia el extranjero. Los arios prominentes de la economía y otras esferas pueden expresar toda su indignación, toda vez que sus países perma-

necen lejos del conflicto: sus potenciales masas fascistas no se lo toman muy en serio. Pero, en secreto, saben apreciar la misma crueldad que les indigna. En continentes de cuyo beneficio podría alimentarse la humanidad entera, cada mendigo teme que los inmigrantes judíos puedan privarle de su alimento. Los ejércitos de desempleados y pequeñoburgueses de todo el mundo aman a Hitler por su antisemitismo, y el núcleo de la clase dominante comparte con ellos ese amor. El incremento de la crueldad hasta el absurdo calma el espanto que ésta produce. La impunidad con que el presunto poder divino deja escapar a los malhechores prueba una vez más que Dios no existe. En la reproducción de la inhumanidad se confirma que la vieja humanidad, la religión y toda la ideología liberal han perdido todo valor. La totalidad ya sólo debe eliminar la mala conciencia. La compasión es en realidad el último pecado.

Pero también cabe prever un fin antinatural: el salto hacia la libertad. El liberalismo contenía los elementos de una sociedad mejor. La ley ostentaba todavía una universalidad que también se aplicaba a los grupos dominantes. El Estado no era su instrumento inmediato. Quien se expresaba con autonomía no estaba necesariamente perdido. Por supuesto, esa protección sólo existía en una pequeña parte del mundo, en países a cuya merced estaban los demás. Incluso la frágil justicia estuvo circunscrita a áreas geográficas limitadas. Pero quien toma parte en un orden humano limitado no debe sorprenderse si él mismo cae, ocasionalmente, víctima de esas limitaciones. Uno de los más grandes filósofos burgueses ha afirmado con carácter aprobatorio que «la imposición de cualquier daño a un hombre inocente que no sea un súbdito, si es por el bien común y se produce sin violación de un acuerdo previo, no constituye una violación de la ley natural. Pues todos los hombres que no son súbditos, o bien son enemigos o bien han dejado de serlo a través de pactos anteriores. Pero hacer la guerra a aquellos enemigos que el Estado considere capaces de infligirle daños es legítimo por mor del derecho natural originario; en este caso, la espada no juzga ni el vencedor hace distinción alguna entre culpables e inocentes con arreglo a hechos del pasado, ni considera la clemencia más que si es en beneficio de su propio pueblo»¹¹. Aquel que no pertenece a ningún Estado o no está protegido por acuerdos, tras del que no hay ningún poder, un extraño, un mero hombre, está completamente expuesto. Incluso en el lenguaje conservador del economista clásico se trasluce la limitación del concepto burgués de *hombre*:

¹¹ Thomas HOBBS, «The second part of Commonwealth», *The English Works of Thomas Hobbes*, London: John Bohn, 1839, vol. III, pág. 305. Cfr. *The Latin Works of Thomas Hobbes*, pág. 228.

«Nuestra buena voluntad no tiene límites, y podría abrazar la inmensidad del universo. En todo caso, la administración del universo, la preocupación por la felicidad universal de todos los seres racionales y sensatos, es tarea de Dios y no del hombre. [...] Al hombre le ha sido asignada una tarea más modesta [...], a saber, el cuidado de su propia felicidad, la de su familia y amigos y la de su país: aspirar a metas más altas no puede ser una excusa para el descuido de esta tarea»¹². El cuidado de la familia, el país y la nación era una realidad en la sociedad burguesa, el respeto por la humanidad, por el contrario, una ideología. Mientras una sola persona viva en la miseria a causa de la organización de la sociedad, la identificación con este orden en nombre de la humanidad contiene ya un contrasentido. La adaptación práctica puede ser ineludible para el individuo, pero el encubrimiento de los antagonismos entre el concepto de hombre y la realidad capitalista priva al pensamiento de toda verdad. Si los judíos, en una comprensible añoranza, idealizan la prehistoria del Estado totalitario, el capitalismo monopolista y la República de Weimar, los fascistas tienen razón frente a ellos. Siempre han tenido los ojos abiertos frente al carácter caduco y frágil de estas circunstancias. La benevolencia para con los defectos de la democracia burguesa, el flirteo con los poderes de la reacción –mientras no fueran abiertamente antisemitas– o la conformidad con lo existente eran ya entonces responsabilidad de los actuales refugiados. El pueblo alemán, que escenifica compulsivamente su fe en el *Führer*, le ha entendido mejor que aquellos que consideran a Hitler un loco y a Bismarck un genio.

Nada puede esperarse de la alianza entre los grandes poderes. No se puede contar con el derrumbamiento de la economía totalitaria. El fascismo consolida los efectos sociales del colapso capitalista. Es completamente ingenuo llamar desde fuera a la revuelta de los trabajadores alemanes. Quien sólo pueda jugar a la política debería mantenerse alejado de ella. El desconcierto es tan general que la verdad cobra tanta más dignidad práctica cuanto menos vuelve sus ojos hacia la presunta «praxis». Es necesaria la comprensión teórica, y es necesario transmitírsela a aquellos que al fin y al cabo pueden hacer algún progreso. El optimismo del llamamiento político procede hoy del desaliento. Que las fuerzas del progreso hayan sido derrotadas y el fascismo pueda durar eternamente incapacita a los intelectuales para el pensamiento. Estos creen que todo cuanto funciona debería ser bueno, y por ello intentan demostrar que el fascismo no puede funcionar. Pero hay períodos en los que lo existente, en su fuerza y empeño, se convierte en lo peor. Los judíos

¹² Adam SMITH, *Theory of moral sentiment*, vol. II, Basel, 1793, págs. 79/83.

estuvieron antaño orgullosos del monoteísmo abstracto, del rechazo de la idolatría, de la negativa a convertir lo finito en infinito. Su miseria les remite hoy de nuevo a ello. Negar el respeto a una finitud que se diviniza a sí misma es la religión de aquellos que, incluso en la Europa del talón de hierro, no renuncian a orientar su vida hacia la preparación de algo mejor.

Traducción del alemán: Eduardo Maura